

# LA PRIMERA EDAD.

## SUMARIO.

Mauricio.—El invierno.—Las travesuras de Berta.—El cerdo.—La talma rota.—Moral evangélica, amor al prójimo, perdón de las injurias.—Amor de madre, fábula.—Los perros célebres.—Conocimientos de adorno.—Explicación del figurín iluminado que acompaña á este número.—Anuncios.

### MAURICIO.

Una hermosa tarde del mes de Setiembre, el Sr. Alvarez y su hijo Mauricio salieron de la capital á pasearse por la campiña. Apénas habian andado tres millas, entretenidos con diversas conversaciones, cuando se encontraron en una montaña que ofrecia la vista más bella de la comarca; estaba cubierta de fresco césped y de árboles, cuyas hojas, aunque algo secas, dejaban distinguir los ricos dones de Pomona, de que estaban cargados. Se sentaron para observar en todas direcciones las bellezas de que tan liberal se ostentaba la naturaleza, y Mauricio no dejó sin pesadumbre aquel lugar encantador para bajar á la pradera.

De repente la escena cambió; una nube sombría oscurecia los rayos del sol, y bien pronto empezó á llover.

—¿Que hemos de hacer, papá? dijo Mauricio. No hay aquí ningún sitio donde ponerse al abrigo del agua.

—Verdad es, respondió el señor Alvarez, mejor harémos en volver inmediatamente á casa, porque la noche se va echando encima.

Mauricio, arrimado á su padre á quien llevaba asido del brazo, estuvo, aunque impaciente, por algún tiempo á salvo de la lluvia; pero poco acostumbrado á las inclemencias del tiempo, y sin tener idea de lo que padecen los desgraciados sin asilo, no tardó en fatigarse, llorando y quejándose de su suerte como si sufriese las mayores desgracias.

—Siento mucho, dijo el señor Alvarez, que te lamente de un suceso de tan poca importancia; sabes que en cuanto estemos de vuelta en casa podrás mudar de vestidos, y encontrarás buena lumbré para calentarte. Compara tu



situación con la de otros muchos, y avergüénzate de esa flaqueza que te hace verter lágrimas. Millares de hombres están expuestos al aire, sin saber como tú cuando tendrá fin su miseria; no tienen casa para descansar á su vuelta, ni padres que les acompañen, ni madres que los cuiden ni los quieran, ni amigos que tomen parte en sus penas, ni criados que les sirvan, ni mesas que les ofrezcan abundantes manjares; están solos en el universo, y privados hasta de lo más estrictamente necesario. No dudes que esta noche existen algunas personas desgraciadas, acaso mujeres, que no tendrán más lecho que el pié de un árbol ó una miserable choza, al traves de la cual se abrirán paso el viento y la lluvia.

— Pero esas gentes, replicó Mauricio, es bien seguro que no están contentas con su estado, y que si pudieran se proporcionarían más alivio.

— No hay duda, hijo mio, pero si no está en su mano aliviar su desgracia, saben á lo ménos sufrir sin quejarse. Su situación, por deplorable que sea, dejaria de parecerlo si llegáran á prever el fin de su miseria, miéntras que tú lo juzgas infeliz teniendo asegurados

todos los medios de la felicidad, Llorando y murmurando no se disminuyen los males de la vida: con un noble valor que da firmeza al alma es con lo que se resiste á las pruebas de la adversidad y el infortunio; en lugar de dejarse abatir, es preciso procurar soportarle, alejándole al mismo tiempo. Los poseedores de estas cualidades son los que han llegado al más alto grado de gloria á que los hombres pueden llegar. Al paso que leas la historia y vayas observando el mundo, comprenderás que la paciencia, el valor y la abnegación, han elevado á los que han poseído estas virtudes sobre la suerte común de los mortales.

Aquí el Sr. Álvarez cesó de hablar, y ambos caminaron hasta una pobre casilla, cuyas paredes de tierra parecia á cada momento iban á venir abajo á impulso del viento. Así que llegaron, el padre llamó á la puerta, y salió á abrir un muchacho de la edad de Mauricio; pero cuyo vestido anunciaba una extrema pobreza.

— ¿Quereis permitirnos, le dijo el Sr. Álvarez, que nos pongamos al abrigo en vuestra casa durante algunos momentos?

— Sí, señor, con mucho gusto, pasen ustedes adelante.



Entraron á una pieza en la que habia por todo ajuar una mesa sola y una cama, cubierta de andrajos. En ella estaba tendido un hombre que parecia enfermo. Varios chicos medio desnudos jugaban en el suelo, mientras que una mujer, de mediana edad asaba castañas. Al entrar los forasteros se volvió hácia ellos, y haciéndoles una reverencia les dijo sentia no tener sillas que ofrecerles, pero que eran dueños de sentarse á los piés de la cama.

El Sr. Álvarez la dijo:

— Parece que sufris muchas incomodidades, buena mujer. ¿Vuestro marido está enfermo?

— Somos muy desgraciados, señor: ya hace un mes que no se levanta de la cama. Es albañil, y estando sudando en mangas de camisa sufrió un aguacero que le constipó, y ahora ha venido á parar en una fluxion del pecho. Dios sabe lo que será de nosotros!

— ¿Pues qué no puede trabajar ninguno de vuestros hijos?

— Guillermo, el mayor, que es éste que usted ve aquí, no tiene más que nueve años, y sólo sirve para traernos leña. El rico no sabe lo que el pobre padece, y cuando ve á una familia reducida á pedir limosna cree que lo debe á su ma-

la conducta. Esto no lo digo por usted, señor; pero le aseguro que mi marido y yo hemos trabajado cuanto hemos podido para sostener nuestra familia, y que si Dios no nos hubiera enviado esta afliccion no nos veriamos en el caso en que estamos.

— ¿No habeis dado parte á nadie de la enfermedad de vuestro pobre marido?

— Hemos llamado á un médico que vino una vez y mandó algunos remedios; pero viendo que no podriamos pagarle, no ha vuelto más, ni ha enviado nada. Señorito, dijo entónces á Mauricio, está usted mojado y parece que tiene frio, vaya, acérquese usted á la lumbre. Guillermo, echa un poco de leña seca.

Mauricio, que estaba tiritando aceptó la proposicion con alegría, y siguiendo el consejo de su padre, se quitó el vestido, y lo puso á secar. La lluvia continuaba, y el Sr. Álvarez envió al mayorcito de los chicos á avisar trajesen su coche.

Mientras que le traian, el enfermo hizo por sentarse en la cama, mostrando á las claras sus padecimientos en su aire abatido y rostro pálido y flaco.

Miró á sus hijos con expresion



de dolor; las lágrimas corrían por sus mejillas, y se dejó caer sobre la cama.

El Sr. Álvarez tomó parte en sus penas, y como conocía la causa y podía aliviarle un poco, sacó dos duros, los únicos que llevaba en el bolsillo, y entregándoselos á la buena mujer, la dijo que vendría al otro día á ver si podía serles útil.

La mujer, que nunca habia visto tanto dinero junto, le manifestó su agradecimiento, exclamando bañada en lágrimas:

— ¡Ah! queridos hijos, ya tendréis que comer. ¡Oh! señor, ¡quiera Dios que no conozca usted la miseria, aún cuando hubiera de sentir la alegría que me hace experimentar!

El coche del Sr. Álvarez no tardó en llegar, y subiendo con su hijo le dijo por el camino:

— ¿Y bien, cuál es mayor desgracia, la tuya por haber sufrido un poco de lluvia, ó la de aquellos pobrecitos con cuanto hay que sufrir en la vida?

Mauricio, confuso con esta pregunta, respondió al instante que ciertamente aquellos pobrecitos eran más infelices.

— Pues siendo así,— contestó el padre,— cuando veas los padeci-

mientos de tus semejantes, ¿no te avergonzarás de tu flaqueza, que no sufre el más ligero contratiempo?

Es efecto harto frecuente de la prosperidad, dejar sin energía á los que gozan de ella. Tranquila acerca de las calamidades inseparables de la pobreza, se entrega á todas las frivolidades, como si el ser perezoso é inútil fuera privilegio de los que la fortuna favorece. ¡Qué tristes y culpables prerogativas! Estos ricos no tienen sentimiento sino para sí propios, y piensan que el orden de la naturaleza debe invertirse á su arbitrio. La menor contradicción les parece una prueba difícil de sostener. Considerando los bienes creados sólo para sí, no sólo se olvidan de los que carecen de ellos, sino que si tienen el disgusto de encontrarlos los desprecian y huyen de ellos como si tuvieran una enfermedad contagiosa. Despues de haber pasado así la vida, bajan al sepulcro sin dejar á nadie que bendiga su memoria, porque es imposible ser estimado ó amado sino se conoce la beneficencia ó la amistad. Las mezquinas distinciones del rango son despreciables á los ojos de la sabiduría; los espíritus débiles son los que hacen caso de ellas, y el



apetecerlas indica un alma inno-  
ble y corrompida.

La fuerza del talento y la bon-  
dad del corazon es lo que hace ad-  
quirir una honrosa elevacion so-  
bre los demas. Se desprecia al hom-  
bre que no es dueño de sí mismo,  
y el que no tiene piedad con el  
prójimo ni afición á nadie se priva  
de los más puros placeres de la  
vida. ¿Qué mayor delicia puede  
haber que contribuir á la felicidad,  
no digo de los que nos rodean, si-  
no de aquellos á quienes vamos á  
buscar con este objeto? Dar de  
comer á nuestros semejantes que  
tienen hambre, procurar un asilo  
á los infelices que no lo tienen,  
sustrayendo á los enfermos de los  
padecimientos que tienen que so-  
portar en su miserable lecho.

— Es verdad, papá, dijo Mau-  
ricio, que me quejaba sin moti-  
vo; pero desde ahora en adelante  
yo me corregiré y cuidaré de mí  
y de los pobres infelices.

— Tanto mejor, hijo mio, con-  
testó su padre: tu madre y yo te  
querremos más, y créeme, la ma-  
yor felicidad de los niños es me-  
recer el amor de sus padres.

Al otro día por la mañana, Mau-  
ricio, así que estuvo vestido, cor-  
rió á la cabaña seguido de su pa-  
dre y encontró á la pobre familia

de muy diferente modo que la vís-  
pera. El enfermo, más aliviado, es-  
taba sentado en la cama y tenía en  
las manos una taza de caldo, y la  
buena mujer preparaba á sus hi-  
jos un abundante desayuno de pan  
y leche. Recibieron á Mauricio  
con el mayor respeto, y le dijeron  
que aquellas mejoras eran debidas  
á la generosidad de su padre.

Sacó entónces el niño su bolsillo  
lleno de dinero, y presentándose lo  
á la buena mujer la dijo esperaba  
que con aquella suma se aliviaria  
completamente su suerte y veria  
restablecerse bien pronto la salud  
de su marido.

Aquel dinero era el fruto de las  
economías de Mauricio para com-  
prar un bonito juguete.

El enfermo, á vista de aquel te-  
soro inesperado, levantó las manos  
al cielo pidiéndole en silencio  
bendijese á su bienhechor. La mu-  
jer no cabia en sí de alegría, y los  
niños, rodeando á Mauricio, arti-  
culaban expresiones de agradeci-  
miento.

Cuando esto pasaba en la casi-  
lla, el Sr. Alvarez entró á comple-  
tar aquella escena interesante. El  
aire angelical de su hijo se comu-  
nicó á sus propias facciones, y  
estrechándole en sus brazos le ma-  
nifestó los sentimientos de afecto



que le inspiraba lo que le habia conducido á aquel lugar. Mauricio nunca habia experimentado tal felicidad; habia sido siempre muy avaro de su dinero para con los demas, y pródigo para satisfacer sus propios caprichos. Reconoció que el placer de dar no es fugitivo, cuando gracias á sus beneficios vió al marido de pié; á la mujer y á los hijos provistos de las cosas necesarias á la vida, y vestidos de modo que no tenian que temer al frio que no tardó en dejarse sentir.

Desde aquel momento su conducta cambió totalmente; ya no fué aquel niño que sólo se ocupaba de si mismo, sino que inquietándose por las desgracias de los demas, y apresurándose á mitigar-

las cuando no podia hacer que cesasen, gozaba de la pura felicidad que produce la generosidad acompañada de la benevolencia. A medida que iba socorriendo á los infelices adquiria fuerza para soportar los males inseparables de la humanidad; cuando llegó á las altas dignidades en su edad madura, fué uno de los ejemplos que prueban que siempre es feliz el que une la belleza de la virtud al esplendor del rango.

Nunca olvidó el momento en que por primera vez entró en la cabaña del pobre, y no pasó un dia sin que diese gracias á la Providencia por haberle inspirado tales deseos, y haberle puesto en posicion de satisfacerlos.





## EL INVIERNO.

La naturaleza, pródiga en dones, los ha dispensado, sobre todo, con una admirable prevision. En las comarcas más desgraciadas, ya por el excesivo frio que sienten, ya por el calor sofocante que las abruma, se encuentran ciertas ventajas que sólo pueden traducirse como una compensacion á la miseria del clima. En la Laponia, en medio de las nieves, el rengífero corre con rapidez uncido al trineo de su dueño. Más útil aún que á nosotros es ese animal tan sobrio, tan modesto, el asno, que devuelve con tales creces los favores que recibe, el rengífero alimenta al hombre con su leche, proporcionándole su piel para vestirse, y su sobriedad es todavía más notable que la del asno, pues aquél se contenta con un poco de musgo, que encuentra bajo la nieve con un instinto admirable.

En la Arabia, en medio de sus abrasadores arenales, se encuentra el camello, el buque viviente del desierto, como le llaman los árabes. Conduce los más pesados fardos, y bajo el cielo ardiente de

los trópicos puede caminar largo tiempo sin satisfacer su sed, contentándose con un poco de forraje.

El rengífero, que debe apresurar su marcha sobre los hielos, tiene las patas gruesas y largas. El camello, que debe atravesar las áridas llanuras del desierto sin encontrar una cisterna, tiene una bolsa en su estómago, donde puede conservar encerrada una cantidad de agua suficiente para sus necesidades durante muchos días.

Por todas partes encontramos esta prevision, prueba innegable de la inteligencia divina; por todas partes los vegetales y los animales están distribuidos en este orden, con este cuidado puramente paternal, y cada especie está provista de todo aquello que puede contribuir á su bienestar y á su conservacion.

Tomemos el boton de un árbol cualquiera, el del castaño por ejemplo. Durante el invierno, el gérmen de una rama de una flor múltiple y de sus hojas debe conservarse en su seno. Este gérmen es muy pequeño; pero llega el calor de la primavera, y se abre y crece. Si las heladas le atacan, ¡adios la esperanza de la especie entera! Un invierno bastaria para



destruirla del todo; pero una co-  
raza dura y barnizada, impenetra-  
ble al agua, le sirve de primera  
defensa, y por encima una especie  
de forro espeso envuelve el pre-  
cioso gérmen y las hojitas, apénas  
indicado el ramo. Todo, hasta la  
forma del boton, que es un cono  
muy puntiagudo y ancho en su  
base, forma como un techo muy  
puntiagudo, sobre el cual no pue-  
den detenerse las aguas de las llu-  
vias; todo está dispuesto de tal  
suerte, que los botones en la pri-  
mavera se presentan brillantes,  
lentos de vigor y de salud.

El animal, que á causa de su  
debilidad seria bien pronto victi-  
ma del rigor de los frios, se retira  
al fondo de la habitacion que se  
ha cavado, viviendo en ella dias,  
meses enteros, en el reposo más  
absoluto. Vive sin que le sea ne-  
cesario ir á afrontar las escarchas  
para buscar un alimento que la  
tierra le rehusaria. Está aletarga-  
do, no está muerto, y sin embargo,  
no se puede decir que vive. Un  
sueño conservador suspende su

existencia, y le despierta cuando  
la tierra caldeada le advierte que  
puede volver impunemente á su  
actividad.

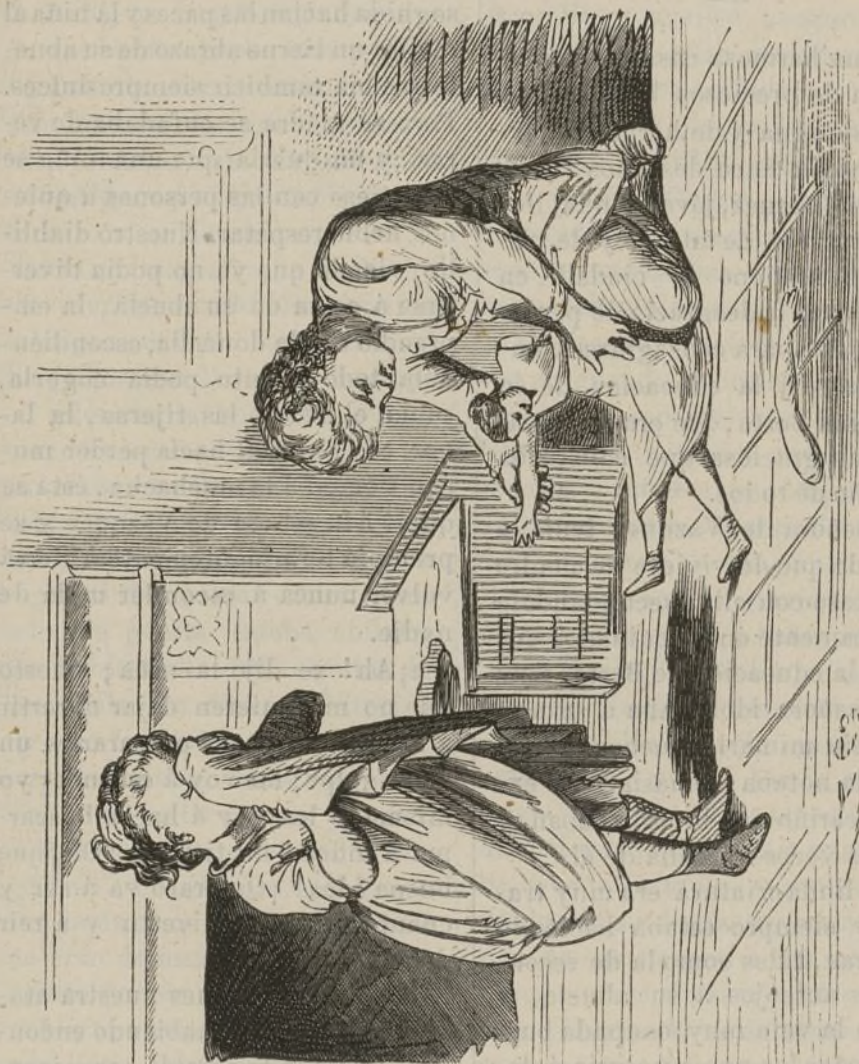
La hormiga, que un antiguo  
cuento nos presenta tan previsora  
y tan económica, no acumula más  
que pequeños restos de vegetales  
que no come, pero que le sirven  
para construir los nidos para sus  
huevos. Es un error esparcido por  
casi todas partes creer que las  
fuertes heladas destruyen los in-  
sectos, y con especialidad los gu-  
sanos blancos, que son las larvas  
de los abejorros.

Se dice generalmente que cuan-  
do un frio intenso penetra hasta  
en las más secretas moradas, la  
muerte sucede rápidamente á su  
letargo; pero es un error: el ani-  
mal tiene siempre su instinto que  
vela por su conservacion, y á me-  
dida que el frio va penetrando en  
la tierra, él sabe bien ir profundi-  
zando cada vez más. Si algunos  
pereños son sorprendidos, su nú-  
mero es muy poco considerable.

TH. LEBRUN.







¡Qué dolor! ¡la muñeca rota!...



## LAS TRAVESURAS DE BERTA.

En una hermosa casa de campo rodeada de preciosos bosques, de juegos de agua y de hermosos jardines, vivia hace dos años la señora de Vazquez, joven viuda, llena de gracias, de talento y de virtudes. Abandonó la ciudad en cuanto tuvo la desgracia de perder á su esposo, para consagrarse completamente á la educacion de su linda niña Berta, que era tan amable y tan graciosa que cautivaba el cariño de todos.

La señora de Vazquez tenía la dicha de que le viviese su madre y habitase con ella, secundándola perfectamente en los cuidados que exigia la educacion de Berta. Esta buena señora idolatraba á su nietecita sin mimarla mucho; pero la picarilla notaba demasiado el excesivo cariño que la profesaban, y algunas veces abusaba de él.

Esta linda criatura era muy traviesa y siempre estaba haciendo diabluras, tales como la de esconder los anteojos á su abuela, y cuando la veía muy ocupada buscándolos se los ponía y corría á decirla acercándose mucho á ella: —Buenos dias, abuelita, ¿quieres darme un abrazo?

La abuelita se enfadaba un poco. Berta la colmaba de caricias, y en seguida hacian las paces y la niña al recibir un tierno abrazo de su abuela recibia tambien siempre dulces. Pero su madre se enfadaba de veras, y no quería que una niña se divirtiese con las personas á quienes debia respetar. Nuestro diablillo, viendo que ya no podia divertirse á costa de su abuela, la emprendió con la doncella, escondiéndola todo cuanto podia cogerla, como el dedal, las tijeras, la labor, etc., lo cual hacía perder mucho tiempo á la muchacha, ésta se quejó á la señora de Vazquez y se prohibió terminantemente á Berta volver nunca á esconder nada de nadie.

«¡Ah! se dijo la niña; puesto que no me quieren dejar divertir á mi antojo, voy á prepararles un buen golpe; me voy á esconder yo misma y les voy á hacer buscar-me á todos á un tiempo. ¡Oh, que buena idea! ¡Que raro va á ser y cuanto me voy á divertir y á reir de todos!»

Pocos dias despues nuestra atolondrada heroína, habiendo encontrado ocasion favorable para ejecutar su proyecto, no la desperdició.

Una parte de la casa que habitaban estaba sin muebles, pues co-



mo era sumamente grande no la habitaban toda; entre otros muchos habia un cuarto abandonado, del cual habian hecho una especie de guardilla donde arrinconaban todos los muebles que ya no servian, y tenian tambien allí cuadros antiguos y viejos tapices que adornaban las paredes.

Berta se imaginó que se divertiría mucho viendo los asuntos que representaban aquellos cuadros (á los que llamaba monigotes) mientras la buscaban; y sin pensar en las consecuencias de su calaverada, se escurrió como una sombra á lo largo de las galerías y los corredores que conducian á la guardilla. ¡Qué dicha para Berta! la puerta estaba abierta, pues habian olvidado quitar la llave; entró en dicha habitacion muy satisfecha de la aventura; pero apenas habia dado dos pasos cuando oyó andar gente, y con el miedo de ser vista y conducida á su madre se escondió á escape detras de un tapiz. Los pasos que habia oido eran de una criada que acordándose de que la guardilla estaba abierta venía á cerrarla y quitar la llave. Berta, siempre en su escondrijo, al oír cerrar tuvo temor de verse cogida como un raton en la ratonera. Iba á llamar, cuando

recordó que habia otra puerta que daba á una de las galerías, dejó su escondite y corrió á asegurarse si estaba abierta. ¡Oh desesperacion! tambien estaba cerrada.

«¿Qué será de mí?» pensaba en aquella guardilla morada de bichos y murciélagos, enfrente de los cuadros y los tapices cuyos personajes empezaban á amedrentarla, pareciéndola fantasmas. Detras de todos estos cuadros pasaban de vez en cuando enormes ratas que los daban movimiento; la pobre Berta creia entónces que los personajes pintados se desprendian de los lienzos para cogerla. ¡Dios mio, decia temblorosa, tengo todo el miedo que yo he querido infundir á los demas! ¡El Señor me castiga! Hacía ya dos horas que estaba allí, la noche empezaba á oscurecer todos los rincones de la habitacion, pronto iba á encontrarse en las tinieblas más profundas, el miedo que sentia aumentaba á cada instante, y para colmo de desdichas hacía un viento capaz de estremecer á los más valientes, pues al pasar por las galerías y las rendijas de las puertas, sumamente viejas, producía á veces un ruido parecido á aullidos de los lobos.

A pesar de todo el miedo que te-



nía Berta, se puso á reflexionar que si no acertaban donde estaba, corria el gran riesgo de pasar allí la noche ó tal vez varios dias hasta que tuviesen necesidad de buscar algo, y que estaba expuesta á morir de hambre y de frio. Pensaba tambien que su abuela y su madre estarian muy inquietas y que las iba á causar una gran pesadumbre. «¡ Ay de mí! decia llorando; ¡ puedo morirme aquí, y no volver á abrazar á mi pobre madre! » Como Berta era una niña muy buena y tenía confianza en Dios, sabía que en todas las circunstancias penosas de la vida debe uno dirigirse á Dios y que él solo puede acudir en socorro nuestro; así es que al momento se arrodilló y pidió á Dios la concediese la gracia de salir pronto de aquel sitio de terror; despues de haber rezado se sintió más animada y con más valor, se levantó esperando hacerse oír á fuerza de gritos; la pobre niña llamaba á su abuela, á su madre, á la doncella, en fin, á todas las personas de la casa, unas despues de otras; cuando se cansaba de chillar descansaba un momento para empezar de nuevo; pero la habitacion estaba tan alejada de las demas que ocupaba la señora de Vazquez, que la

fué imposible hacerse oír: ademas, como ya era de noche, todas las puertas estaban cerradas, y el viento llevaba su débil voz. En fin, rendida de tanto gritar, tiritando de frio, muerta de hambre y de miedo se acurrucó en un rincon detras de la puerta, agitada y calenturienta.

Durante este tiempo, la señora de Vazquez se desesperaba por haber perdido á su hija: iba, venia, corria, así como todas los criados de la casa; habian recorrido todo el bosque con antorchas encendidas, habian fondeado el estanque, así como el pozo y hasta las fuentes. La madre de Berta no sabía ya que hacer, cuando en esto se la ocurrió que no habian registrado las guardillas. Coge una luz, todo el mundo la sigue; primero recorrieron todas las de la parte habitada y despues se dirigieron hacia donde estaba la niña. Al subir la escalera, la señora de Vazquez creyó oír algun ruido; se detiene recomendando el silencio; todo el mundo escucha, y oyen distintamente los gemidos de Berta. ¡ Es mi hija! ¡ Es mi hija, exclamó, abrid pronto! Abren la puerta, entran y encuentran tendida en el suelo á la pobre niña que, con el delirio de la calentura, creyendo



siempre ver los tapices y los personajes de los cuadros, cuando la levantaron del suelo empezó á gritar: «¡Por Dios, señores fantasmas, tened piedad de mí! ¡Nunca me volveré á esconder!» Su madre la llenó de besos, diciéndola: «Berta, mírame, no soy un fantasma, soy tu madre.» En cuanto hubo reconocido á su madre se cogió á su cuello diciéndola: «Nunca, jamas me apartaré de tu lado; perdóname todo el pesar que te he causado, madre mia; se me figuraba que me iba á morir sin volverte á ver.»

Berta cumplió su palabra.

### EL CERDO.

El cerdo es uno de los animales que sirven más para el alimento del hombre; y bajo este punto de vista, presta los mayores beneficios en el campo, donde no es fácil tener otras carnes. Perteneció al órden de los paquidermos ó animales de cuero duro. Se le conoce por su hocico ó nariz prolongada, cartilaginosa, truncada por la punta, y que contiene un huesecito particular, llamado *hueso pujavante*;

por sus orejas, que en el cerdo salvaje ó jabalí son de un tamaño mediano, y en el cerdo doméstico son muy grandes; por sus ojos, que son sumamente pequeños, por su pelo, fuerte ó tieso y largo, al que se llama cerdas, y sobre todo, por sus patas compuestas de cuatro dedos, de los cuales los dos delanteros son más grandes y se apoyan en el suelo, y los dos de detras forman como una especie de sosten cuando el animal se hunde en el fango ó en el lodo, donde le gusta mucho revolcarse.

Este animal es muy fecundo y fácil de criar; así es que en todas partes se encuentra. Hay pocas familias en el campo que no crien, por lo ménos, un cerdo para el invierno. Su carne es suculenta, cuando es fresca, y se conserva perfectamente entre sal, y ofrece durante la mala estacion un alimento sano y agradable. Nada se desperdicia de este animal, cuyo cuerpo está cubierto de una grasa de varios centímetros de espesor, á la cual se da el nombre de tocino. Su sangre, sazónada y coagulada por el calor, es un manjar bien conocido bajo el nombre de morcilla. Inútil es citar los diferentes aderezos que se hacen con la carne del cerdo, y que se presentan



bajo tantas formas, desde el humilde chorizo hasta el succulento jamon, y la cabeza, deshuesada y rellena, que la ciudad de Troyes prepara á los golosos. Para los aldeanos es una fiesta cuando para San Martin, el dia 11 de Noviembre, matan su cerdo. En muchas partes es costumbre ofrecer á los vecinos un plato de los despojos, y las mujeres se complacen en llenar la despensa con tan preciosas provisiones.

La carne del cerdo es mejor en invierno que en verano, y en los países cálidos es ménos dura, más blanca y delicada, pero de difícil digestion, porque tiene demasiada grasa. Así es que en esos países se considera este alimento como pernicioso; en Oriente, en Egipto, la abstinencia de esta carne estaba ordenada por la ley religiosa. Los egipcios no podian comer cerdo más que en un dia determinado del año, el de la fiesta de la luna. Si un egipcio tocaba solamente uno de estos animales, tenía que meterse en el Nilo sin desnudarse. Los guardas de las manadas de cerdos eran rechazados, por decirlo así, del seno de la nacion, y los templos estaban cerrados para ellos. Los modernos egipcios, así como los mahometanos y los ju-

díos, han conservado la misma manía hácia el cerdo, y estos últimos conservan su repugnancia, aún habitando países frios, donde el cerdo no es alimento peligroso.

En los antiguos pueblos de Grecia y Roma se rendia, por el contrario, culto á este animal. Le sacrificaban á Ceres, diosa de las cosechas. En la isla de Creta, se consideraban los cerdos como animales sagrados; en Roma eran muy estimados, y el arte de criarlos y cebarlos era llevado al punto más alto de perfeccion. En tiempo de los emperadores se conocian dos modos distintos de presentar en la mesa estos animales; el más sencillo consistia en servir un cochinillo asado por un lado y cocido por el otro, y el más buscado y fino se llamaba preparado á la troyana, por alusion al caballo de Troya, cuyo vientre estaba lleno de guerreros. El cerdo á la troyana estaba relleno de caza de toda especie, de tordos, de becafigos, y á veces solian poner hasta ostras, y la salsa se componia de vinos exquisitos. El relleno de cerdo troyano ocasionaba gastos tan grandes, que motivó una ley sumptuaria. Todas estas locuras, á las cuales solian mezclarse horribles crueldades, ideadas para hacer más



delicada la carne de la víctima que mataban, haciéndola sufrir horribles suplicios, dan una idea de la bajeza en que habia caído aquel pueblo, tan grande cuando era sencillez, sobrio y pobre.

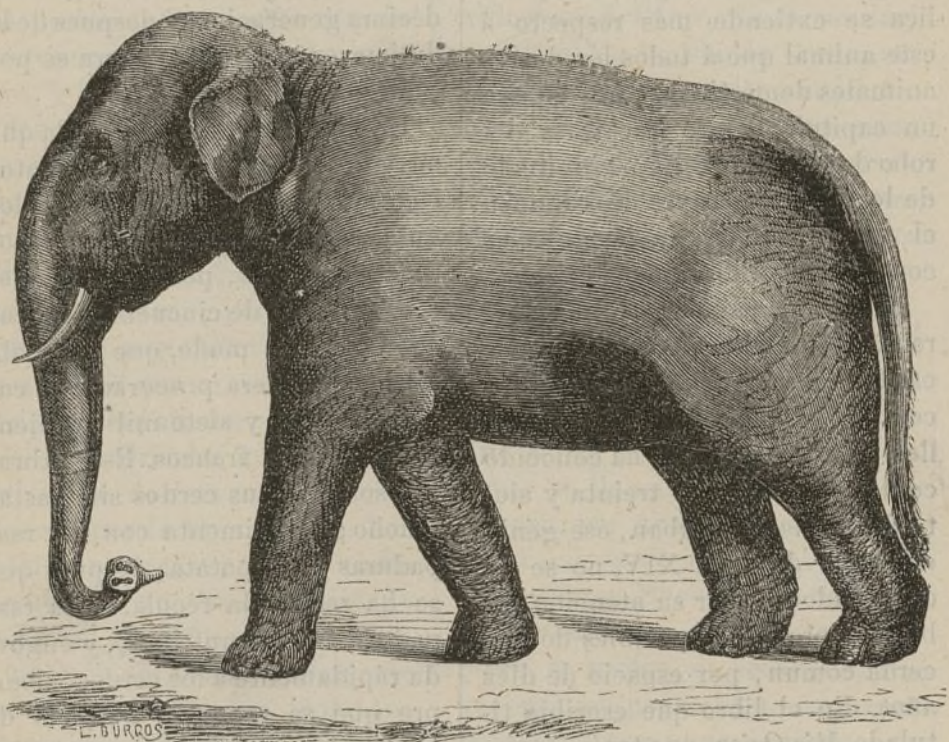
En nuestra historia tambien ocupa el cerdo su lugar; la ley sálica se extiende más respecto á este animal que á todos los demás animales domésticos, y hay en ella un capítulo entero que trata del robo de los cerdos. Bajo el reinado de los primeros reyes de Francia, el principal dote de las iglesias consistia en el diezmo del cerdo.

El cerdo macho se llama verraco, y la hembra marrana ó puerca. Ésta á veces suele tener quince, diez y ocho y veinte lechoncillos. Se asegura que se ha conocido cerda que ha tenido treinta y siete. El mariscal Vauban, ese genio del siglo de Luis XIV, no se ha desdenado de fijar su atención sobre los productos posibles de una cerda comun, por espacio de diez años. En el libro que escribió titulado *Mis Ocios*, que tenía, segun dicen, doce volúmenes in folio, de los cuales se han perdido siete, se

encuentra un trabajo llamado *Cerdería*. El autor ha llegado al siguiente resultado: la raza de una sola cerda produciria en once años, equivalentes á diez generaciones, seis millones cuatro mil ochocientos treinta y ocho cerdos. Apenas podria Europa mantener la duodécima generacion, y despues de la décimasexta, toda la tierra se poblaria.

Un labrador tenía una cerda que en veinte años le dió trescientos cuarenta y cinco lechones. Si los hubiera cebado todos, hubiera podido venderlos, por término medio, al precio de cincuenta francos cada uno. De modo, que una sola cerda le hubiera procurado un capital de diez y siete mil setecientos cincuenta francos. Este labrador sostiene sus cerdos sin gastar mucho; los alimenta con las raspaduras de la patata, despues que se ha secado la fécula. Esta raspadura es muy nutritiva, y engorda rápidamente á los cerdos, siempre que se tenga el cuidado de mezclarla con ciertas sustancias animales.





**El Elefante.**





Ad Goubaud & Fils Ed<sup>rs</sup> Paris

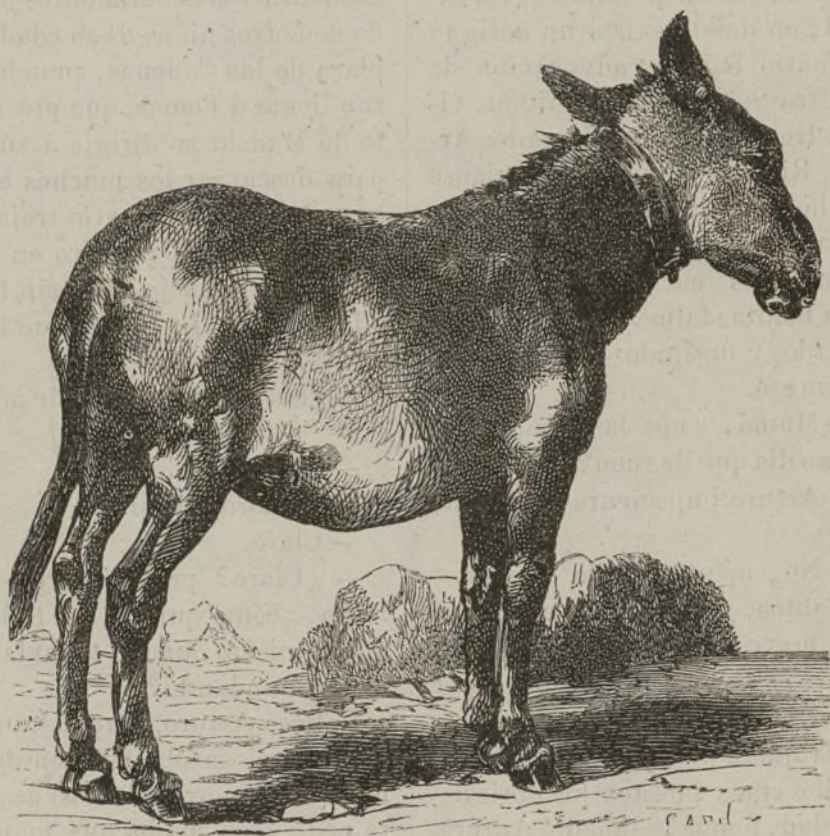
LA PRIMERA EDAD — NIÑEZ ILUSTRADA  
MADRID — Administración de los Niños





BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID





**El Asno.**



## LA TALMA ROTA.

En un pueblo próximo á esta capital, en donde existe un antiguo santuario bajo la advocacion de Nuestra Señora de la Caridad, vivían tres hermanitos llamados Arturo, Ricardo y Aurora; queríanse mucho, y su cariñosa mamá, contenta de su buen comportamiento, prometiéndoles encargar á Madrid unas bonitas talmas para Arturo y Ricardo, y un lindo abrigo para Aurora.

—Mamá, ¿nos las pondrás el mismo dia que lleguen?—preguntaba Arturo impaciente por la tardanza.

—No, mamá, el dia de Todos los Santos, y nos llevas contigo á misa mayor,—decia Ricardo.

—Sí, sí, mamá, y despues por la tarde, cuando nos lleven á casa de Enriqueta á jugar, nos dejarás que llevemos puestos los abrigos, ¿verdad, mamá?—añadió Aurora.

—Ya sabeis que cuando sois juiciosos y teneis cuidado de las cosas, yo os permito todo lo que me pedis. Llevaréis, los abrigos á misa por la mañana, y por la tarde, si habeis sido buenos y no ha-

beis dado guerra, iréis con ellos á casa de Enriqueta.

Trascurrieron tres ó cuatro dias; una tarde, despues de haber salido del colegio y ántes de merendar, estaban los tres hermanitos jugando con otros niños de su edad en la plaza de las Cadenas, cuando vieron llegar á Tomas, que procedente de Madrid se dirigia á su casa para descargar los muchos encargos que como ordinario traia. Arturo, que fué el primero en divisarle, corrió hácia él, y sin temor á las mulas ni al perro que le ladraba, le preguntó:

—¿Traes los encargos de mamá?

—Sí.

—Pues dámelos.

—¿Ahora mismó?

—Claro.

—¿Claro? pues oscuro, buen mozo, ¿cómo quieres que te los dé ahora mismo cuando todavía está el carro andando?

Callóse Arturo, pero disgustado de la juiciosa observacion de Tomas, fué corriendo á su casa para pedir á su mamá que mandase á buscarlos, puesto que no querian dárselos á él, y sin hacer caso á Ricardo y Aurora, que le llamaban. Conociendo su prudente mamá que las palabras de Arturo sólo eran nacidas de la impaciencia que



el niño tenía por poseer su talma, trató de calmarle haciéndole comprender que hay siempre que saber esperar, teniendo además presente que Tomas traía muchos encargos y no le sería fácil depacharse tan pronto como Arturo deseaba.

Poco despues entraban en la habitacion donde se hallaban Arturo y su mamá, Aurora y Ricardo, acompañados de una criada, trayendo unos grandes envoltorios y tres pequeñas cajas.

— Toma tu caja, loco, — le dijo Aurora.

— Si te hubieras esperado como nosotros, — añadió Ricardo, — ya estarías cansado de verlo.

— Bueno, bueno, yo lo que quiero es que mamá nos pruebe las talmas.

Era juéves; tenían que esperar al lunes próximo para poder estrenar las talmas, si como habían prometido á su mamá, se portaban bien, eran aplicados en el colegio y no daban motivo para que se les reprendiese en nada. Para mayor estímulo, las tres pequeñas cajas que con el nombre de cada uno les habían traído de Madrid, contenían unos preciosos sombreritos de terciopelo con adornos del mejor gusto, lo que contribuyó á au-

mentar su alegría y sus esperanzas para el día de Todos los Santos.

Tenían estos niños una galerita muy cómoda, carruaje que con todo esmero les hizo algunos meses ántes, para ir á la alameda, uno de los mejores carreteros de la poblacion. Podían tirar dos mulitas, pero generalmente enganchaban unos hermosos corderos muy grandes, á los que guiaba Arturo tan bien como pudiera hacerlo el mejor mayoral ó cochero. Reuniéronse la tarde del domingo con sus amiguitos en la fuente de la Pocilla y quedaron citados para la tarde siguiente jugar con la galera á las vendimiás.

Llegó por fin el día de Todos los Santos; á las siete de la mañana pedía Arturo su ropa para vestirse, despertando con sus voces á sus dos hermanitos, cosa que no agradó mucho á la buena de su mamá. No hubo más remedio que madrugar un poco, costumbre por otra parte muy sana, y á las ocho estaban ya lavaditos y vestidos nuestros buenos amigos, tomando la correspondiente jícara de chocolate.

Arturo bajó á la cocina, preguntando á Perico por los corderos, y encargándole los diese bien de co-



mer, pues aquella tarde tenían que trabajar mucho.

La hora de la misa mayor se acercaba y su mamá llamó á todos para ponerles los abrigos. Excuso decir lo contentos que asistieron los niños á la iglesia, con sus elegantes talmas Arturo y Ricardo, su precioso abrigo Aurora y todos tres luciendo los lindos sombreros de terciopelo. El resto del día, hasta las dos de la tarde, pasó sin novedad, á cuya hora, y después de haber dado gracias al Señor por el alimento que acababan de tomar, y de besar la mano á sus papás, hermosa y cristiana costumbre que por desgracia va desapareciendo de entre nosotros, bajaron alegres y bulliciosos á que Perico enganchara los corderitos en la galera, para poder salir á vendimiar, según decía Arturo.

Quiso su mamá verlos marchar, y encargó á Arturo no corriese para evitar una caída, como también que no saltasen ni se arrastraran por el suelo destrozando la ropa; consejos que Ricardo y Aurora escucharon y que el aturdido de Arturo, en su afán de salir pronto no oyó, á causa de las voces que daba y de lo que corría buscando su látigo por todos los rincones del patio.

Una vez en la fuente de la Pocilla y en unión de algunos camaradas tan aturdidos como Arturo, dióse éste á correr de un lado á otro del paseo, después de haber obligado á sus hermanos á que bajasen del carruaje; los rápidos movimientos y las veloces carreras que hacía dar á los pobres corderos, estimularon á unos perros que por allí había á correr también tras ellos, y asustados los borregos con sus ladridos, salieron huidos fuera del paseo, Arturo no puede contenerlos por más esfuerzos que hace y caen en confuso tropel en una zanja, niños, corderos y galera.

Aurora y Ricardo, en unión de otros amiguitos que habían visto partir á escape la galera perseguida por los perros, acudieron con toda prontitud, temerosos de que Arturo y sus camaradas hubiesen quedado lastimados del rápido vuelco que acababan de sufrir. Felizmente la zanja no era profunda y fuera del correspondiente susto, ninguno tenía que lamentar más que algún ligero rasguño.

Arturo recogió su sombrero de terciopelo todo empolvado y la talma con un enorme jiron que al volcar le hizo la llanta de una de las ruedas. La tarde, que parecía se



iba á pasar con tanta alegría, trascurrió en medio del desconsuelo y lágrimas de Arturo, que, poco obediente y ménos juicioso, fué la causa del disgusto general que todos experimentaron y del susto de sus buenos hermanitos, los que de regreso en su casa suplicaron á su mamá, con lágrimas en los ojos, no castigase á su hermano, diciéndola no habia sido culpa suya lo sucedido. Su mamá no le castigó, pero no permitió en mucho tiempo que se pusiera la talma ni guiase los corderitos cuando salian á paseo, cosas que tanto agradaban al aturdido de Arturo.

No olvideis mis queridos niños este suceso, y tened siempre muy presentes los consejos que vuestros papás os den. La obediencia es la más bella virtud de la infancia.

ALFONSO VEGA.

## MORAL EVANGELICA.

AMOR AL PRÓJIMO. — PERDON  
DE LAS INJURIAS.

Dios nos ha mandado creer en Jesucristo, su Hijo, y que nos amemos los unos á los otros. De Dios mismo hemos recibido este man-

dato; el que ama á Dios debe amar á su hermano (aquí la palabra hermano no está tomada en el sentido ordinario, sino que designa á toda criatura humana, siendo todos hermanos en Religion, é iguales á los ojos del Supremo Legislador). Si alguno dice: «Yo amo á Dios», y al mismo tiempo aborrece á su hermano, es un mentiroso, pues si aborrece á su hermano, que tiene á la vista, ¿cómo ha de amar á quien no ve? Queridos niños, amémonos unos á otros, porque la caridad proviene de Dios, y todo hombre que ama ha nacido de Dios y conoce á Dios.

El que no ama no le conoce, porque Dios todo es amor.

Si Dios nos ama, debemos tambien amarnos unos á otros; si nos amamos los unos á los otros, Dios permanece en nosotros, y su amor reside constantemente en nuestros corazones.

El que ama á su prójimo cumple toda la ley, porque los mandamientos de Dios, «no matarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no desearás nada perteneciente al prójimo», y otros semejantes, están compendiados en estas palabras: «Ama á tu prójimo como á tí mismo.» El amor que se tiene al prójimo no permite que



se le haga mal; y así el amor es cumplimiento de toda ley. No somos más que un mismo cuerpo y un alma, estamos llamados á una misma esperanza, no hay más que un solo Dios, una fe, un bautismo, un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, que se extiende á todos su providencia, y que debe residir en todos. Que vuestra caridad sea sincera y sin disfraz, que el afecto que tengais á vuestros hermanos os haga tener cuidado de manifestaros unos á otros aquella ternura que proviene del fondo del corazon. Que haya entre vosotros una perfecta union de sentimientos, una bondad complaciente, una amistad de hermanos, una caridad indulgente, acompañada de dulzura y humanidad. Ayudaos unos á otros por medio de una caridad espiritual, dándoos muestras de honor y de deferencia, permaneciendo unidos en los mismos

sentimientos y en los mismos afectos. Alegraos con los que se alegran, y llorad con los que lloran; sed caritativos y prontos á ejercer la hospitalidad. Vivid en paz, en lo que sea posible, con todo género de personas. Desechad toda cólera, toda soberbia, toda ira, toda murmuracion y toda malicia. Sed buenos unos con otros, llenos de compasion y de ternura, perdonándoos mutuamente, como Dios nos ha perdonado en Jesucristo. No os vengueis, ni volvais mal por mal ni ultraje por ultraje, sino responded con bendiciones. Bendecid á los que os persiguen, bendecidles, y no prorumpais en imprecaciones contra ellos.

Al contrario, si vuestro enemigo tiene hambre, dadle de comer; y si tiene sed, dadle de beber. No os dejeis vencer por el mal, sino trabajad para vencer el mal con el bien.





## AMOR DE MADRE.

## FÁBULA.

En el corral de una quinta,  
No muy léjos de la Habana,  
Hay una perra de presa  
Que el sueño á sus amos guarda;  
Y mientras vela afanosa,  
Fiel al instinto de casta,  
Acaricia con ternura  
A dos cachorros que ladran,  
Pidiendo un hueso siquiera  
Que entretenga su *carpanta*.

La madre, triste, solícita,  
Con halagos los acalla:  
Los lame, los besa, quiere  
En el amor que la abrasa  
Darles su sangre y que sirva  
De alimento á sus entrañas.

Y cuando llega el instante  
En que el amo injusto paga  
Su fidelidad sin límites  
Con una ración escasa,  
El hambre de sus hijuelos  
Con el trozo entero sacia,  
Y desfallece contenta,  
Porque la carne no basta,  
Sin acordarse que siente  
La necesidad que mata.

Se oye ladrar un cachorro  
En el patio de la casa,  
Que está del corral al lado,  
Y la queja es tan amarga,  
Que la perra, al fin es madre,

Pega el hocico á las tablas  
Y con tono lastimero  
A una perdiguera llama:  
—«Vecina, el cachorro llora:  
¿Puedo saber lo que pasa?  
—Es un hambreon, dijo aquélla,  
Que come y nunca se harta;  
El amo es algo tacaño;  
Me da la ración tasada  
Y él pretende hincarle el diente  
Cuando para mí no alcanza.  
—¿Es hijo vuestro, vecina?  
—Vino pequeño á mi casa  
Y le tomé tal cariño  
Que de mí no se separa.  
—¿Y le negais un bocado?  
—Cuando sobra la pitanza  
No se la niego, comadre;  
Yo primero: esa es mi máxima.»

La perra de presa entónces  
Muerde con furor las tablas,  
Y va á besar á sus hijos,  
Sin decir otra palabra.  
Es su cólera elocuente,  
Que se revela en su alma  
El dulce afecto de madre  
Y lo fiero de su raza.

*Niños, los que teneis madre  
Que os besa y os amamanta  
Y os da su sangre y su vida,  
Aprended en esta fábula  
Lo que es el amor de madre  
Y el amor de la madrastra.*

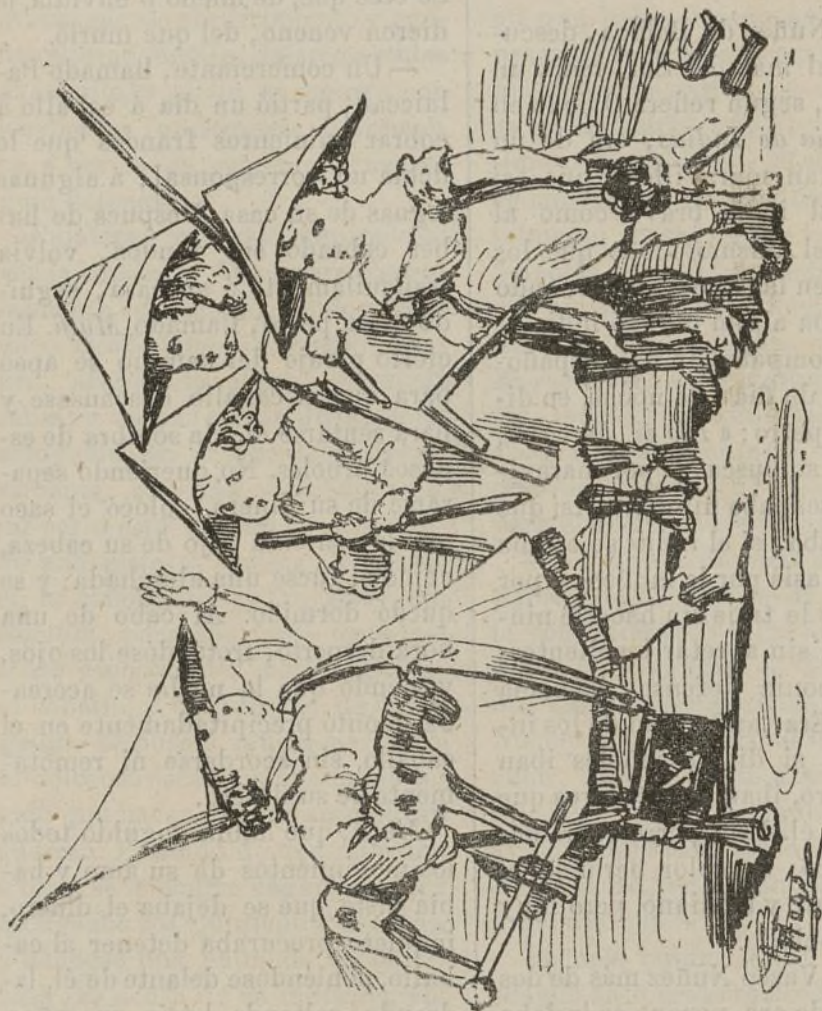
T. GUERRERO.



El Lobo.







Como los niños no oyen hablar mas que de guerra, no es extraño que se aficionen á este belicoso juego.



## LOS PERROS CÉLEBRES.

Vasco Nuñez de Balboa, descubridor del mar del Sur, tenía un perro que, según refiere Oviedo en su *Historia de Indias*, era de un instinto tan maravilloso, que así conocía al indio bravo como al manso, del mismo modo que los soldados en la expedición. Cuando se escapaba algún indio ó india de los que acompañaban á los españoles, fuese de día ó de noche, en diciendo al perro: «*Ido es, búscale*», partía en su busca, y por maravilla se le escapaba ninguno. Así que le alcanzaba, si el indio se estaba quieto, le asia por la muñeca ó por la mano y le traía sin hacerle ningún daño, sin apretar los dientes; pero si oponía defensa, lo hacía pedazos. Era tan temido de los indios, que si diez españoles iban con el perro, iban más seguros que veinte sin él. Este perro se llamaba *Leoncico*; de color bermejo, el hocico negro y mediano, pero muy recio y doblado.

Gapó á Vasco Nuñez más de dos mil pesos de oro, porque se le daba tanta parte como á un compañero en el oro y en los despojos que se repartían; y en verdad que lo me-

recia mejor que algunos españoles. Tenía muchas cicatrices de heridas recibidas peleando con los indios. Se cree que, de miedo ó envidia, le dieron veneno, del que murió.

—Un comerciante, llamado Palaiceau, partió un día á caballo á cobrar quinientos francos que le debía un corresponsal, á algunas leguas de su casa. Después de haber cobrado sus fondos, volvía tranquilamente á su casa, seguido de su perro, llamado *Mutfi*. En cierto paraje del camino se apeó para que el caballo descansase y para sentarse él á la sombra de espesos árboles. No queriendo separarse de su dinero, colocó el saco que le contenía bajo de su cabeza, como si fuese una almohada, y se quedó dormido. Al cabo de una hora despertó, frotándose los ojos, y viendo que la noche se acercaba, montó precipitadamente en el caballo, sin acordarse ni remotamente de su dinero.

*Mutfi*, que había seguido todos los movimientos de su amo y había visto que se dejaba el dinero, inquieto procuraba detener al caballo, poniéndose delante de él, ladrando, saltando hácia su señor, tirándole de la ropa y haciendo todos los esfuerzos para impedir que caminase. Palaiceau, sumergido en



sus reflexiones, continuaba su camino, contentándose con alejar al perro con algunos latigazos. *Mutfi*, furioso al ver despreciados sus avisos, pierde el sufrimiento y gruñe reiteradamente, da arremetidas al caballo, y al fin se agarra con los dientes fuertemente al pescuezo, á ver si de este modo conseguia detenerle.

Palaiceau se quedó admirado al ver la conducta de su perro, regularmente tan bueno, pacífico y sumiso. Desde luégo le ocurrió le habria acometido algun acceso de rabia, y viendo que se dirigia á un arroyuelo, en el que bebia ansiosamente, exclamó: —«¡Dios mio, mi perro está rabioso!», y armando una pistola, encaja dos balas en la cabeza del pobre *Mutfi*. En seguida, para apartarse de aquel triste espectáculo, metió espuelas al caballo, y despues de un corto galope se puso á reflexionar sobre el doloroso sacrificio que habia tenido que hacer con un animal tan querido. Pasando de una reflexion á otra, se le ocurre vagamente que no llevaba los quinientos francos, y dándose una palmada en la cabeza, se acusa de su indiscrecion.

El pobre Palaiceau se estremeció, no sólo por la pérdida de su dinero, sino por la muerte de su

perro, cuya conducta, esfuerzos, ladridos y cólera comprendia en aquel momento. Lloró su fatal error, y se decidió á volver al sitio en que habia dejado su dinero, á pesar de la poca esperanza que tenia de encontrarle. Asi que llega, se queda petrificado al ver un lastimoso espectáculo. *Mutfi*, el excelente *Mutfi*, aunque herido mortalmente, habia tenido fuerzas suficientes para llegar hasta el talego del dinero, y habia hecho esfuerzos para llevarle á casa de su amo. El saco, rasgado en algunos parajes, manifestaba la inteligencia y valor del pobre animal, que habia querido morir sobre el saco como para ocultarle á los pasajeros.

— Un persa, llamado Jecia, rogaba continuamente al cielo que le concediese un hijo: al fin tuvo uno, y dió gracias al Sér Supremo haciéndoles grandes ofrendas. Noche y dia estaba al lado de la cuna, contemplando á su querido hijo. Un dia que la madre quiso ir al baño, dejó la criatura al cuidado de su padre, encargándole no llegase á la cuna.

Apénas habia salido Borana, cuando su marido recibió orden de Hormidas, que reinaba á la sazón, por la que le enviaba llamar. El diferir el cumplimiento de la



real orden era muy arriesgado, y por esto Jecia partió al instante, dejando por guarda de su hijo un perro criado en casa. Á poco rato se presentó una gran serpiente, dirigiéndose á la cuna. El perro, que vió en peligro al niño, se precipitó sobre el animal, y asiéndole por la parte posterior de la cabeza, la mató.

Cuando Jecia volvió de la corte, el perro, regocijado por lo que acababa de hacer, salió á recibirle y acariciarle; pero el amo, al verle la boca ensangrentada, creyó que habia devorado á su hijo, y sin reflexionar, escuchando sólo á su desesperacion, dió tan fuerte golpe con su baston al fiel animal, que le tendió muerto á sus piés.

Apénas el persa penetró en su habitacion, cuando vió la serpiente muerta y su hijo bueno y sano. Entónces se apoderaron de él los

remordimientos al ver su imprudencia é ingratitud con el pobre perro. Miéntras que se lamentaba así, entró Borana, y conociendo la causa de su dolor, le reprendió el haberse dejado dominar tan pronto por la cólera. Él confesó su falta, suplicándola no añadiese sus reconvenciones á las que él mismo se hacia, y no habiendo ya remedio. «Es verdad, respondió ella, que las advertencias son de ninguna utilidad para el caso presente, pero es preciso reflexionar para evitar otras desgracias. La vergüenza y el arrepentimiento son las consecuencias de la mucha precipitacion». El persa se aprovechó del consejo de su mujer, y no cometió imprudencias semejantes. Elevó en su jardin un monumento á la memoria de su perro, y para que le renovase con frecuencia la memoria de su falta.





## CONOCIMIENTOS DE ADORNO.

El dibujo es más útil á las jóvenes de lo que se cree comunmente. ¿Qué arte hay, en efecto, que sea más capaz de fijar y rectificar su modo de ver y acostumbrar sus manos á trazar con regularidad lo que competa á sus quehaceres? No hay arte que las acostumbre mejor á la observacion de los objetos que la naturaleza ofrece á su vista. ¡Qué de cosas se escapan á los que lo ignoran! ¡Cuántas cosas llaman la atencion de los que le cultivan! Un viajero que no sabe dibujar, ó no pára atencion en nada, ó no experimenta más que impresiones pasajeras. Mas ¡qué de goces y placeres disfruta la vista y el alma de aquél cuya mano sabe manejar un lápiz! Todo le interesa; las menores cosas tienen para él ocultos atractivos, y aún los rostros más comunes le muestran facciones y particularidades que no ha observado en los más peregrinos. Como el dibujo de figura es más difícil que el de paisaje, las jóvenes no se deben dedicar á él, ó si se dedican que sea despues de ha-

berse ejercitado muy bien en el segundo. Se debe pasar desde los principios hasta las reglas más difíciles. Cuando las discípulas hayan aprendido á dibujar festones, bordados y flores, bien separadas, bien agrupadas, pasarán al paisaje, sirviéndose de su lapicero para dibujar vistas, perspectivas, árboles, casitas rústicas, puentes, rios, etc. A estas ocupaciones sólo deben dedicarse las que manifiesten más disposiciones, lo mismo que debe observar respecto de la música vocal é instrumental. Sin fijarnos en los efectos de la música en nuestros templos, en los ejércitos y en los espectáculos, ¿qué ventajas no proporciona á una joven este bello arte? Para juzgar de ello basta comparar la voz de una joven que no ha aprendido el arte del sonido con la que ha recibido algunos principios. ¡Qué diferencia! Y no solamente se nota cuando canta que una joven ignora los principios de la música, sino tambien cuando habla, pues por la inflexibilidad del órgano de la voz siempre se expresa en un mismo tono. ¡Pero de qué excelentes cualidades se halla dotada la voz de una joven acostumbrada á modular sus sonidos por las reglas de armonía! Dulce y flexible, encan-



ta el oído y el corazón; á pesar de la variedad de sus inflexiones, ya que se eleve ó ya baje, sabe evitar las bruscas transiciones que chocan á los oídos ménos delicados.

Enemiga de toda afectación, nunca traspasa los límites prescritos por la naturaleza. La flexibilidad del órgano de la voz no es la única ventaja que produce el arte de la armonía. ¿Qué cosa hay más á propósito en una jóven para evitar un peligroso fastidio ó una ociosidad funesta?

Cuando llegan á estos casos, se recurre á un instrumento con alegría, y después de haber estado un rato al piano se vuelve alegremente á las ocupaciones más serias y á los estudios que estaban ya casi olvidados. No se pretende por esto que las jóvenes deben tener unos conocimientos musicales capaces de competir con las primas donnas de la ópera: regular ejecución de un instrumento con el que acompañen á su voz; aquí se debe terminar su educación música, como los padres no tengan empeño en que pase adelante.

El baile es un arte tan antiguo como el mundo; todas las naciones le han cultivado con más ó ménos ardor y éxito, y este arte, que se ha hecho profano en el día, for-

maba parte del culto que se tributaba á la divinidad entre los hebreos y los romanos. David bailaba delante del Arca, y en Roma se ejecutaban danzas en honra del dios Marte. Mas nuestro designio no es referir su historia y progresos, sino manifestar que en el día el baile es una parte importante de la educación de ambos sexos, y no sin fundamento. Además del placer que este ejercicio proporciona á la juventud, da á sus miembros más agilidad y les acostumbra á andar con paso firme, noble y gracioso. Para convencerse de la realidad de estas ventajas, no hay más que establecer la misma comparación entre dos jóvenes, de las cuales la una sepa bailar y la otra ignore los principios de este arte. La primera es dueña de todos sus movimientos, y todos sus miembros parece que obedecen á una misma regla. La segunda, al contrario, parece que ignora hasta el modo de presentarse á los circunstantes por sus movimientos ridículos y afectados; aquí se habla del baile en general, pues hay algunos que deben proscribirse por la moral y buenas costumbres. El baile de las jóvenes debe ser el suficiente para divertirse en una reunión de familia y hacer un papel



que no les perjudique á vista de los que piensan que la modestia es el adorno más bello del sexo.

## EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO

QUE ACOMPAÑA Á ESTE NÚMERO.

1. Niño de doce años. — Pantalón negro y paletot con cuello de paño color de tórtola. Este vestido, que sirve de sobretodo, cubre una blusa y un chaleco negros. Su forma es recta y semejante al saco: las mangas anchas; un galon marron adorna las orillas. Sombrero de fieltro negro.

2. Niña de seis años. — Traje de cachemir de las Indias gris perla y tafetan punzó. La falda, corta, plegada en la delantera y fijada esta parte por una vuelta de tafetan sujeta con botones de nácar. *Pouff* formando una segunda falda por detras, con franjas de seda punzó en las orillas. Chaleco Luis XV, de tafetan, con cuello vuelto de cachemir. Chupa caza de Luis XV, de cachemir con grandes vueltas delante; cuello doblado, para que deje al descubierto el chaleco; mangas bullonadas en la parte superior y plegadas por abajo con

un adorno de tafetan. Cuello blanco plegado. Sombrero de fieltro gris, con alas dobladas, adornos punzó y pluma gris. Botitas de cabritilla con punta charolada.

3. Niña de doce á trece años. — Traje de lana. Termina la falda con un plegado con remates de terciopelo. Túnica-blusa, ceñida al talle con un cinturon de terciopelo, y en los hombros medios tirantes, tambien de terciopelo. Mangas *Haydée*, guarnecidas de terciopelo; franjas de lo mismo en las orillas inferiores.

4. Niño de siete á nueve años. — Traje de paño *escabioso*: pantalón cerrado en la rodilla por medio de botones laterales. Chaleco con botoncitos negros. Chaquetilla con vueltas, en el cuello, de terciopelo negro; dobles botones para abrocharla por en medio solamente, y separándose por abajo para que se vea el chaleco. Camisa de hombre.

5. Niña de diez años. — Traje de casa, de cachemir azul celeste, guarnecido arriba, delante, debajo y en las mangas, de acolchado de seda blanca. Por delante tiene la forma princesa, y por detras un doble pliegue hueco por en medio. Zapatillas de seda azul, Luis XVI.



## ANUNCIOS.

LA PRIMERA EDAD  
PERIÓDICO PARA LA NIÑEZ.

Continúa este año esta bonita é instructiva publicacion, con grabados de modas y preciosos cuentos, historietas, fábulas y otros originales de útil enseñanza. Publícase el 30 de cada mes.

La suscripcion sólo cuesta 22 rs. por año.

El tomo del año 1873 de LA PRIMERA EDAD consta de 12 números de 32 páginas cada uno, con más de cien grabados y doce preciosos figurines iluminados. Cuesta este volúmen, que es el mejor regalo que puede hacerse á una niña, sólo **5 pesetas**.

## LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO,

DIRIGIDA POR

DON CÁRLOS FRONTAURA.

Se ha publicado el tomo IX, con muchas láminas; 24 rs. en Madrid, y 30 en provincias.—Los tomos anteriores al mismo precio.

## MUJERES DEL EVANGELIO

POR LARMIG.

Se ha hecho una nueva edicion de este precioso libro, uno de los más notables de su género, aumentada con el bellissimo canto *La hija de Jáiro*, y con aprobacion y recomendacion de la censura eclesiástica.

Esta obra la deben leer nuestros queridos suscritores, y estamos seguros de que hallarán en sus páginas el más dulce atractivo.

Este libro se vende en la Administracion de Los Niños á cuatro reales, y cinco para provincias.

Lo recomendamos vivamente á los suscritores de Los Niños.

---

MADRID, 1873.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de ARIBAU y C.<sup>ª</sup>,  
sucesores de RIVADENEYRA.—Calle del Duque de Osuna, núm. 3.

---